

## Las cuentas

Ahí viene el grande. Cada tarde, nada más traspasar la puerta, me coge de la manga y me pide que le ayude con los deberes. Hoy toca multiplicaciones. Primero le pregunto la tabla, luego le pongo ejercicios y me quedo un rato por si tiene dudas. En el otro extremo del salón la nena anda ocupada sin hacer ruido. Solo se oye el rasgar de las tijeritas de plástico. Observo que es aficionada a las manualidades. Recorta los trozos en forma de diamantes o de tréboles. Los dobla y los coloca en hileras. A su lado, en el suelo, hay un bote con purpurina brillante.

—¿Qué estás haciendo? — pregunto.

—Es una corona de princesita.

—¡Oh, qué bonita! ¿Quieres que te ayude?

—No.

—Vigila; no respires la purpurina que es tóxica.

—¡Papaa, que ya soy grande!

— Claro, claro... —intento poner cara seria. Ella no para de moverse mientras juega, va dejando un rastro de trocitos de cartulina sobre el parquet. No digo nada.

Me gusta cómo trabaja el grande, tranquilo y concentrado. Hasta cierto punto me sorprende porque a su edad me daban la lata con la cantilena esa que nos obligaban a recitar en la escuela todo el santo día: “Cuatro por cinco veinte, cuatro por seis veinticuatro...”. Y luego en casa mi padre me ponía unas cuentas kilométricas, y había que acabarlas sí o sí. ¡Qué mal lo pasaba! Cambiaba de postura, cruzaba una pierna sobre la silla, me hurgaba el pelo con un lápiz de carpintero que me daban para escribir, sacado de *estranquis*, seguramente, de alguna obra. No había manera. Escribía el resultado de la primera suma un poco al tuntún. De repente me asaltaba el recuerdo reciente del afilador montado en su Derby que apareció de repente mientras jugábamos al fútbol. Entonces la calle entera nos pertenecía, pocos coches la cruzaban, si acaso había alguno aparcado lejos, en un descampado próximo. ¡Tiiiiiii.

Tiirolaaaaa! El señor hacía sonar el chiflo y bajaban las vecinas con sus tijeras y los cuchillos de cocina desafilados. Pero el vuelo de una mosca me hacía perder el recuerdo del afilador y me quedaba embobado mirando los zigzagueos erráticos por el aire. La mosca me burlaba, era indudable. Se posaba siempre lejos de mi alcance; en la pared grumosa, en la cortina, o sobre la nevera. Frotaba los ojos hipnotizadores con sus patitas diminutas. Yo soltaba el lápiz y me rebuscaba entre los bolsillos. Ahí está, una goma de pollo. "¡Te destruiré insecto descarado!". El insignificante objeto se convertía en mis manos en un arma mortífera. Con ella me sentía invulnerable. La goma de pollo solo podía tener envidia al matamoscas, que se guardaba en la galería. Mi madre opinaba que era un destrozón, así que no me permitía usarlo. "¡Como te pille con él te rompo la cara!". Pero el matamoscas se mostraba tentador, colgado junto al bote de Norit y el dado de azulete. Me había levantado. En la galería, el grifo goteaba bolitas frías contra la pila y me susurraba pérfido: "Pom-pas-de-ja-bón". La mosca ya había marchado a importunar a otros nenes, así que aprovechando que la mamá estaba inclinada sobre la Singer, medio abstraída y con la radio encendida, cogía unos restos de jabón de sosa y los mezclaba con agua y un pellizco de azulete. Si al agua jabonosa le añadías azulete las burbujas salían con unos matices preciosos. Mi madre había nacido en un pueblo y trabajado de peluquera de casa en casa. Entonces cosía mangas de camisas, a tanto la pieza. Estaba, decían, un poco sorda. "¿Qué estás haciendo?". "¡Nada!". Esta vez me había oído, y volvía con desgana a las cuentas. ¿Dónde estaba papá mientras tanto? Aún seguía vivo, probablemente volvía tarde de la obra ese día. Sí, solía volver tarde y cansado, pero a pesar de la tardanza la tarea se me quedaba muchos días por terminar. Y cuando oscurecía, y había ya que encender la bombilla del saloncito, me entraba una desazón tremenda. Me ponía frenético a emborronar la cuartilla, sin fijarme demasiado en el resultado de las sumas. El papel áspero raspaba mi mano culpable, tiznada de azulete, y la goma no borraba sino que esparcía una negrura de grafito por donde transitaba. Y entonces la bombilla hacía un chisporroteo y de golpe se iba la luz. Y

cuando, al cabo de un rato, las sombras huían alborotadas, ya estaba entrando mi padre por la puerta. ¿Pero no terminaste aún?", y me ganaba un coscorrón, o dos, o una bronca interminable. La primera vez que entré en la habitación del hospital a verle estaba acurrucado en la cama, avejentado y roto. Me conmocionó su delgadez extrema. Y el pelo, sobretodo el pelo. Pero entonces aún parecía un ogro furioso, de tan alto y fuerte, dispuesto a comerse crudos a los niños malos. Nunca tuve de él siquiera un aliento. Me hubiera gustado oírle decir: “Bueno, no está mal, aunque podrías mejorar”. Pongamos que eran tiempos difíciles. Sí, eran otros tiempos. Un día todo terminó. Recuerdo una tarde después de la escuela. Los chicos improvisamos un partido en el descampado. ¡Marqué mi primer gol de cabeza! Fuera por culpa del golpe que me dieron con el balón tras el saque de esquina, o vete a saber por qué motivo oculto, aquella noche las operaciones me salieron claras, sencillas y sin pensar. La tabla de multiplicar me la supe de carrerilla. El papá me felicitó, aquella fue la única vez por eso lo recuerdo, me dijo que las cuentas me habían quedado estupendamente. Pero nunca más se sentó conmigo a corregir deberes. Ese día que por doble motivo fue tan alegre para mí, a él debió de entristecerle. Ya no podría enseñarme nada más. Años después, una vez que fuimos juntos a llevarle flores al cementerio, mi mamá me contó que, de pequeño, se ponía a estudiar por las noches en cuanto recogía las ovejas. Se ponía solo, porque no tenía un padre que le enseñara las cuentas. Mi padre era huérfano y tuvo que dejar el colegio a los siete años. En los tiempos de postguerra no había lo que se dice de nada, ni por supuesto goma de borrar. Usaban una miga fresca de pan. Igual se le ocurría pensar en cosas dolorosas cuando se sentaba a mi lado, por eso tenía aquel aspecto tan sombrío. Creo que nunca les hablé de él a los niños. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Papa! ¡Papaaa! —La pequeña me trae de vuelta de mi viaje por el pasado.

—Dime, princesita. —Pienso que quieren que la admiren, por eso le llamo princesa.

Luce en la cabeza la corona terminada. Pero no, es otra cosa.

—¡Ponme sumas!

Sonríó. Ha salido espabilada —me dije—. Como no le mandan deberes, los pide o se los inventa. Es una máquina. En el tiempo que el hermano resuelve dos multiplicaciones sencillas, ella rellena una página entera de sumas que justo le acababa de poner. Todavía los seises los dibuja del revés, pero no digo nada. Poco a poco. Ya va por la segunda página; la primera la terminó. A la tercera suma, algo no me cuadra... Me doy cuenta de que está sumando de izquierda a derecha.

—¿Eh? ¿Pero qué dices, papa?

—Sí. ¿Ves? El resultado sale diferente.

—¡Joopé! ¡Con lo que me había costado!

—¿Quieres que te lo borre? —pregunté animado.

—Sí, porfi.

Borro. Saco la lengua igual que un crío y repaso con la esquinita de la goma, hasta que no queda ni huella del lápiz. Los restos alargados huelen a nata blanca. La nena se ríe de mí, toma la hoja y recomienza el garabateo de los números, pero el grande está muerto de sueño.

—¡Papá! Ya he terminado, pero mejor lo corregimos mañana. Me voy a la cama.

Mañana. Sí, mejor mañana. Es tarde, más vale descansar. Les cojo las manos con suavidad y los acompaño a su habitación. Los arropo, les doy un beso de buenas noches y apago las luces. Debería acostarme yo también, o comer algo. Pero me quedo todavía un rato mirándolos. Me dan ganas de volver a la infancia, agarrar la maquineta nueva, que es puro níquel, y pasarme la noche entera sacándoles punta a los lápices, hasta hacerlos minúsculos, inútiles ya para escribir, y mirar la montaña de restos, la mina pulverizada y los rebordecitos de colores. La verdad es que siento que la vida es injusta. No conmigo, sino con ellos. Después de todo son chicos y se les nota tan alegres... Me da un no sé qué explicarles cómo fue la visita con el médico.

**Ángel Figueroba**